



Capítulo 179 - Crea un instinto

Felicia observaba el cuerpo de Vergil con expresión pensativa, con la mano en la barbilla como si estuviera apreciando una obra maestra excepcional. Se acercó a él con una curiosidad insaciable; sus ojos brillaban con una mezcla de apreciación y algo más... oscuro.

—Un cuerpo así... No quiero ni imaginarme qué hay ahí abajo... mierda, deja de pensar en esas cosas vulgares. —Felicia se contuvo al volver a lo que realmente importaba.

"Interesante", murmuró, recorriendo con los dedos el cuerpo musculoso de Vergil, sintiendo la tensión en cada línea de sus definidos músculos. "Un cuerpo verdaderamente bendecido por un dios demonio... o quizás más que eso..."

Vergil sintió que su cuerpo se tensaba bajo su toque, pero antes de que pudiera reaccionar, el dolor lo golpeó de repente.

—Bueno, al menos eres fuerte —dijo Felicia, como si hiciera una simple observación, sin apartar la vista del cuerpo de Vergil.

Vergil abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera hablar, una punzada de dolor le recorrió el cuerpo. Escupió sangre al suelo, abriendo mucho los ojos al darse cuenta de que las manos de Felicia se hundían en su estómago, como si estuviera... manipulando algo en su interior.

"Espera", dijo con una calma desconcertante, sin emoción alguna. Empezó a revolverle el estómago a Vergil, moviendo los dedos con precisión, como si buscara algo muy específico, algo... valioso.





Vergil apretó los dientes. El dolor era insoportable, pero mantuvo los puños cerrados y se obligó a no reaccionar.

«No caeré, no seré débil ante ella», se repetía, cada músculo de su cuerpo rogando por ceder ante el dolor.

Ella retiró la mano de su estómago y, en ese momento, Vergil sintió una sensación de que algo salía de él.

El dolor era agudo y casi perdió el equilibrio, pero con un esfuerzo desesperado, plantó los pies en el suelo y se puso de pie, dejando escapar un suspiro de agonía.

"Tu instinto está roto", dijo Felicia con una sonrisa inocente, casi traviesa. Parecía genuinamente complacida con lo que había descubierto, como si hubiera desenterrado una reliquia preciosa con un simple gesto.



Vergil, aún aturdido por el dolor, la miró confundido. La agonía aún le latía en el estómago, pero la pregunta en su mente era más fuerte: ¿Qué había hecho con él?

"Tu existencia es tan... confusa. Y por eso, tus instintos están descontrolados", continuó Felicia, con una expresión de leve frustración mientras se tocaba la frente como si intentara calmar un pensamiento persistente. "Por eso esa idiota... es una idiota". Negó con la cabeza, visiblemente molesta, pero también, curiosamente, un poco divertida. "Era tan... tonta. Solo intentaba comprender y amplificar. Pero no, solo sabe golpear fuerte".

Vergil arqueó una ceja. "¿Qué dices, mamá?", preguntó desconcertado.



Felicia suspiró profundamente, volviéndose para mirarlo como un maestro que finalmente se cansa de repetir la misma lección. "¿No te has dado cuenta? Tu cuerpo y tu alma están fusionados. A diferencia de los demás, que tienen cuerpos y almas separados, tú estás... completamente distorsionado. Tu existencia es confusa incluso para ti mismo. Tus órganos, tu carne, todo está desincronizado. Es como si tu cuerpo fuera una pintura borrosa que ni siquiera puedes comprender con claridad."

Vergil tragó saliva, empezando a comprender que la complejidad de su propia existencia era más profunda de lo que había imaginado. Pero no podía permitirse ser vulnerable ahora. "¿Y cómo elimino este bloqueo?", preguntó, con la mirada fija, el deseo de respuestas ardiendo en su pecho.

Felicia sonrió con un brillo inquietante en los ojos. «La solución es sencilla, hijo mío... pero requerirá que aprendas a dominar el caos que llevas dentro. Cada parte de tu cuerpo, cada trozo de carne y hueso, necesita ser comprendido. Tendrás que crear un nuevo instinto desde cero... como si estuvieras construyendo tu propia naturaleza». Se acercó a él, con la voz más baja, casi un susurro.



Felicia sonrió siniestramente, con la mirada penetrante fija en Vergil. «Y esto... va a ser más doloroso que cualquier cosa que hayas experimentado», dijo con un brillo diabólico en los ojos, como si el sufrimiento que estaba a punto de imponerle fuera un deleite.

Vergil intentó mantener la compostura, pero la expresión de Felicia lo desafió. "Me alegra saber que Zafiro fracasó estrepitosamente al entrenarte... Lo arreglaremos". Soltó una risita baja y maliciosa.

—Mamá, espera —dijo Vergil, retrocediendo dos pasos. Su instinto le decía que se alejara, pero antes de que pudiera reaccionar, una presión invisible lo obligó a detenerse. Era como si una mano espectral lo sujetara.



—Ven aquí —ordenó Felicia con una sonrisa divertida, y, como bajo un hechizo, Vergil se vio obligado a moverse. Cada paso parecía más pesado, como si su voluntad fuera superada por la fuerza de su madre.

Mientras la seguía, sin tener muchas opciones, Vergil notó, de manera desconcertante, que sus ojos se desviaron hacia sus nalgas que parecían como si estuviera tratando de hipnotizarlo.

No quería mirar, pero su atención se vio involuntariamente atraída por la forma en que se movía. Sus pensamientos se confundieron: «Ignora... es tu madre, Vergil... ignora...». Lo intentó, lo intentó con todas sus fuerzas, pero...

«Este atuendo... va contra las reglas... No es que me queje... pero es... raro ver a tu propia madre así. Supongo». Intentó convencerse, pero era una batalla cuesta arriba, su mente y sus instintos en guerra.

Felicia se detuvo frente a la sala de armas, sus ojos brillaban con una intensidad siniestra mientras miraba a Vergil.

"Te destrozaré cada parte del cuerpo", dijo con una calma amenazante, tomando un hacha gigantesca. "Cada célula será destruida y reconstruida, reformada por tu propia energía, hasta que seas plenamente consciente de cada músculo, de cada fibra que compone tu cuerpo. Tu cuerpo y tu alma se fusionarán en un nuevo instinto perfecto, adaptado a tu estilo de combate, a tu aura. Solo entonces podrás crear un nuevo instinto".

Sonrió levemente, con la mirada fija en Vergil mientras el hacha reflejaba la luz, creando un aura casi mística a su alrededor. «Te convertirás en un arma viviente, y yo seré la forjadora».





Vergil, intentando mantener la compostura, esbozó una sonrisa ligeramente torcida. "¿Cuándo empezamos?", preguntó, intentando ocultar su aprensión tras la confianza.

"Es mi madre... no se lo tomará tan en serio. Ese fue el error de Vergil. Olvidó, por un momento, quién estaba realmente frente a él. En el Inframundo, ella no era solo Felicia, la madre distante. Era Sephirothy, una de las pocas primordiales que aún vivían, una fuerza implacable. Y en esa habitación, no estaba allí para jugar. Estaba allí para transformarse.

